PIEL MUERTA

Ana Claudia Martínez

Capítulo 1

Que cogía bien y era atractivo no estaba en juego. Las sesiones maratónicas se le daban bien, no tanto por entrenar en el gimnasio desde recién entrado en la adolescencia, sino por esa hiperactividad, maldita, que no le abandonaba. No pocas mujeres, algunas con orgasmos exorbitantes, descomunales – como chanchos, cuarenta y cinco minutos reloj de quejidos y espasmos que incordiaba el sueño de los vecinos – le decepcionaban por su incapacidad para continuar hasta la salida del sol. Su duda no estaba puesta en sí mismo. Tras un minucioso registro en el "diario de sexo" llegó a unas conclusiones que le abrían la compuerta a un peculiar estudio.
Las que habían dejado algunas células muertas en su cama tenían la piel seca. Sí, él podía notarlo aunque se esforzaran en pelearle al paso del tiempo con cremas naturales, o sintéticas, y maquillaje. Piel seca, opaca. Intentaba no quedar adherido a este registro si no peligraban sus erecciones. La mujer, en sí, como concepto básico, esa estructura molecular, conjunto de huesos, tejidos y cromosomas, con formas redondeadas, le asqueaba. Lo que despertaba a su poderoso miembro, ese pene hermoso, enredado en venas azules que pulsaban – yeguas indomables que desplegaban alas una y otra vez, sin agotarse – entre las paredes del vientre, apretado por la excitación, era la posibilidad de encontrar luz en esa piel. No en cualquier parte de la anatomía femenina. El rostro. Su deseo obsesivo, apremiante, era encontrar su vitalidad en aquella colonia de células que se despedían segundo a segundo. Rostros deliciosos, simétricos, urgentes. Muriendo frente a sus ojos. Cogía cadáveres.
Eran ellas las culpables de esa gran estafa. Las únicas indeseables que preferían seguir vivas con la cara muerta. ¿No es el acto más repulsivo que una mujer puede llevar a cabo?
La industria farmacéutica, las grandes corporaciones, tanto imperio, capital, economía, para seguir alimentando la podredumbre de los rostros femeninos. Mentira que la sal del Himalaya, la rosa mosqueta, la sangre de la copita menstrual y tantas sandeces fuera a iluminar y revitalizar lo que imploraba, ya mismo, una dosis de vida recorriendo esos poros carentes de lo que únicamente un hombre podía saciar.
- Sólo un poquito. Una cucharadita de té. Mirá lo que es. No es nada, dale, no te hagas – esterilizada la compartía mientras le daba la vuelta para dejarle el culo pegado a las sábanas y que aquellas mejillas aceptaran su invitación.
- No, nunca, no me gusta. ¿Pero quién te pensás que soy? – agitada, colorada, a punto había estado de acabar, se negaba con fiereza a la propuesta indecente.
- No se trata de quién sos. Eso no importa. Es tu cara. Mirátela. ¿No querés traerte de vuelta a los veinte y poco? – se hizo a un lado para que ella pudiera apreciar su belleza agónica en los espejos que recubrían el

techo.
- Sos un atrevido. ¿Cómo no me di cuenta lo boludo que sos? – le escupió la verga, ya no en ese gesto erótico que tanto gustaba en la previa, como despedida del costado deplorable que aquel semental supo ocultar en Tinder.
La cuestión es que así no lo van a aceptar. En crudo, las cosas, la verdad, lo que fuere, nunca es bien recibido. Hay que adornar, pulir, revestir el germen de capas y más capas de mentira hasta que el producto final sea la falsedad que se toma por verdadera.
Un popurrí de tutoriales de youtube, revistas especializadas en cosmética natural, ayurveda y consultas en foros de belleza y estética le proporcionaron el material suficiente para crear la receta ideal. Esa que, tras unas cuantas masturbaciones, podría dotarle de la materia prima para comenzar a preparar el ungüento. No lo vendería a ninguna industria. Ya tenía dinero a rebosar. Nada de eso era su fin. Un narcisista, un psicopático adaptado - como le había dicho alguna que otra amazona de esas que negó su rostro al semen que quiso compartir, en un gesto de "he aquí el elíxir de la eterna juventud" – nunca tendría un propósito tan amoroso, un gesto galante, gentil, como renovar la vida en el perímetro epidérmico que más redituable nos supone a todos por igual.
Así las cosas llegó a un conjunto de saberes íntimo y privado. Sólo él conocía la receta de esa crema que luego, deseosas, guerreras, peleadoras, igual se la hurtaban de la mesita de luz cuando él iba a renovar la sesión maratónica buscando otro condón en el baño.
El refrigerador rebosaba de frasquitos. Temperatura ideal, bajo cero. El congelamiento. ¿A qué otra cosa aspiramos los seres humanos que a ese santo grial: detener el paso del tiempo?
El acto erótico, al culminar esas jornadas de sexo, estaba dado por la ternura con que les suavizaba el rostro al humedecer cada milímetro con ese maná que de él había salido. El amor más grande puesto en ese ínfimo detalle.
Ellas, radiantes, esplendorosas, gozosas, salían al mundo, al brillante amanecer, luciendo millones de espermatozoides, peleadores, guerreros, conquistadores en los poros femeninos que solo le pedían cumplir con su fin último.
Procrear, una y otra vez, la vida en esas células cansadas de morirse en el trascurrir del tiempo.